

CAPÍTULO XL.

COMENZABA ya á no arrepentirme de haberme quedado. Como lo habia previsto, lo que veia en Paris era mas curioso que lo que hubiera visto en Alger.

Se contaban una multitud de acciones heroicas ó de palabras encantadoras, que se habian dicho ó inventado, lo que en semejantes circunstancias viene á ser absolutamente lo mismo.

Pero del duque de Orleans, en medio de todo esto, no se habia dicho ni una palabra, ni una accion; él no habia ni hablado ni obrado.

Por otra parte, si se quiere saber el estado á que habia llegado la oposicion aristocrática en la jornada del 28, nadie establecerá mejor el punto á que habia llegado que *este proyecto de protesta* de M. Guizot.

“Los infrascritos, elegidos segun el órden regular á la diputacion por los electores del distrito y de los departamentos nombrados en virtud de la ordenanza real de... y conforme á la carta constitucional y á las leyes sobre elecciones de... y que se encuentran actualmente en Paris, se creen absolutamente obligados por su deber hácia el rey y á la Francia, á protestar contra las medidas que los consejeros de la corona, engañando las inten-

ciones del monarca, han hecho no ha mucho prevalecer para el cambio del sistema legal de elecciones y de libertad de la prensa. Dichas medidas contenidas en las ordenanzas de... son á los ojos de los infrascritos, opuestas directamente á la carta constitucional, á los derechos constitucionales de la cámara de los pares, al derecho público de los franceses, á las atribuciones y á las sentencias de los tribunales, y propias para arrojar al Estado en una confusion que igualmente compromete la paz del presente y la seguridad del porvenir; en consecuencia, los infrascritos, fieles è inviolables en su juramento al rey y á la carta constitucional, protestan no solamente contra dichas medidas, sino contra todos los actos que puedan provenir de ellas; y atendiendo por una parte, que la cámara de diputados no estando aun constituida, no ha podido ser legalmente disuelta; y por otra, que la tentativa de formar otra cámara de diputados segun un método nuevo y arbitrario, está en contradiccion formal con la carta constitucional y con los derechos adquiridos por los electores, los infrascritos declaran, que considerándose siempre como legalmente elegidos por los electores del distrito y de los departamentos cuyos sufragios han obtenido, y no pudiendo ser reemplazados sino en virtud de elecciones hechas segun los principios y las formas mandadas por las leyes; si no ejercen efectivamente sus derechos y no se deshacen de todos los deberes que les prescribe su eleccion legal, es porque están impedidos por una violencia material contra la que no cesarán de protestar.”

En el momento en que el futuro ministro de Luis Felipe leia esta acta, un jóven se lanzaba en el puente de la Grève gritando: “¡Si muero, amigos, acordaos que me llamo Arcole!” Y distribuia impresos en los que se leian: “La patria tiene un baston de mariscal á la disposicion del primer coronel que se pase al partido del pueblo.”

El paso mas atrevido que se dió en el dia, fué el que die-

ron MM. Casimiro Périer, Lobau, Mauguin, Gerard y Laffitte, cerca del mariscal Marmout.

Fueron á rogar al mariscal contubiese la efusion de sangre.

En la antecámara encontraron un lancero herido á quien curaban; primero se creyó que habia sido herido con municiones, pero acababa de conocerse que lo fué con caracteres de imprenta.

Todo lo que estos señores pudieron obtener del mariscal, fué que escribiría al rey.

En cuanto al príncipe de Polignac, rehusó obstinadamente el verlos.

Marmout escribió en efecto al rey: esta carta era la tercera que escribía á Carlos X desde la víspera.

Los diputados reunidos en la casa de M. Audry de Puyraveau habian hablado mucho, discutido mucho sin concluir nada: M. Laffitte dijo que estaba pronto á arrojarse con *cuerpo y bienes* en el movimiento: para los banqueros es como si se dijese con *cuerpo y alma*; M. Guizot habia permanecido silencioso é inmovil. M. de Laborde dijo que era necesario enarbolar la bandera tricolor; pero M. Sebastiani respondió que la única bandera nacional era la bandera blanca. M. Audry de Puyraveau, dijo: es tiempo de obrar; presentémos al pueblo con armas; pero M. Méchin tomó el brazo de M. Sebastiani y se salvó con él.

Respecto á La Fayette, pidió que se le designase un lugar cualquiera, declarando que estaba pronto á presentarse y á secundar la insurreccion con todo su poder.

Se separaron aplazando la discusion para el dia siguiente á las seis de la mañana.

La noche se pasó sombría, agitada, terrible! Yo vivia en esa época en la esquina de la calle de Bac y de la Universidad, lo que fué causa de que pasara una parte de la noche en el muelle. De tiempo en tiempo se veian en el cielo luces como de meteoros; despues, de repente estalla-

ba cada diez minutos la fusilería por el lado de la Grève ó por mercado de los Inocentes. El toque de arrebato solo procedia con alguna continuacion, tocando una parte de la noche.

Hácia las tres de la mañana entré á mi casa; pero á las siete estaba de vuelta. La fusilería habia comenzado; y de tiempo en tiempo, dominando su estallido, tronaba el cañon; la desmoralizacion comenzaba ya á introducirse entre las tropas: un soldado de la guardia real con quien me encontré cara á cara al salir, se dejó desarmar sin resistencia. Su cartuchera pasó al cuello y su fusil á las manos de un patriota desarmado, que inmediatamente se lanzó por el lado de la calle de los Saints-Pères, y del puente de las Artes donde se batian.

La insurreccion habia tomado nuevo aumento y nuevo vigor.

Un general se habia puesto á la cabeza de los patriotas.

Este general era Dubourg; se habia puesto un vestido bordado de la casa de un ropavejero, habia recibido de manos del actor Perlet un par de charreteras que, sin duda, le habian servido en alguno de sus papeles del Gimnasio.

Diez mil voces gritaban: ¡Viva el general Dubourg! que aun no se conocia en la mañana.

Se habian apoderado del Hotel-de-Ville.

El general Dubourg y M. Baude organizaron en el mismo instante, una especie de gobierno insurreccional. Visitaron la caja y encontraron poco mas de cinco millones.

Al instante mismo se ocuparon de las provisiones de Paris convocando á los síndicos de los panaderos y carniceros.

A las once la bandera tricolor se izó en Nuestra Señora.

A medio dia MM. de Semonville y de Argout se volvieron, á su turno, al estado mayor: por la cámara de los pares se queria aventurar la misma peticion que, en la víspera, habia sido aventurada por M. Laffitte y los cuatro comisarios, á nombre de la cámara de diputados. Veinte y cuatro

horas se habian trascurrido entre las dos embajadas, y durante este intervalo muchos acontecimientos se habian efectuado, que traian consigo la muerte de la monarquia.

Encontraron al duque de Ragusa mas que inquieto, desesperado; comenzaba á ver la situacion bajo su verdadero punto de vista; él mismo impulsó á los dos mandatarios de la cámara alta á presentarse en Saint-Cloud.

Llegaron al castillo real en el momento en que les precedia la noticia de que Versalles se habia insurreccionado.

El rey no sabia á quien enviar á ese otro volcan que hacia erupcion y que tomaba á Saint-Cloud entre dos cráteres. El general Vincent se ofreció; el Delfin aceptó y partió para Versalles á la cabeza de dos compañías de guardias de corps, sostenidas por trescientos gendarmes.

Los gendarmes, llegados á Versalles, se pasaron al partido del pueblo. El general, dos horas despues de haber salido de Saint-Cloud, entraba con una tropa disminuida en mas de dos tercios, y sin haber podido intentar nada contra la ciudad rebelde.

MM. de Semonville y de Argout encontraron á M. de Polignac á la puerta del rey: el presidente del consejo los habia precedido en Saint-Cloud.

—¡Ah! dijo M. de Polignac, ¡venis á pedir mi cabeza!

—Entrad, señores, entrad.

El rey estaba perfectamente calmado; á pesar de las noticias que recibia por todos lados, no podia creer una larga y seria resistencia por parte del pueblo. Los dos pares tuvieron que decirle, que desde por la mañana, la resistencia se habia cambiado en agresion; el rey meneó la cabeza.

—Señores, dijo, os engañais: todas las medidas están tomadas para sofocar la insurreccion, y la revolucion cesará por sí misma.

M. de Semonville no comprendia nada de esta seguridad, que verdaderamente tenia un carácter fatal; no se pudo contener por mas tiempo:

—Y bien, Sire, exclamó; es necesario decíroslo: si dentro de una hora las ordenanzas no son derogadas, nada de rey, nada de magestad.

—¡Oh! bien me dareis dos horas, dijo Carlos X, retirándose.

M. de Semonville cayó de rodillas y le tomó por el vestido; pero el rey retrocedió para escapársele.

—Sire, exclamó M. de Semonville, ¡en nombre de la del-fina! ¡en nombre de vuestro nieto!...

Todo fué inútil, Carlos X se retiró sin haber hecho una sola concesion.

Entre tanto, M. de Vitrolles llegó. Él tambien era de opinion que se retiraran las ordenanzas y se diera la constitucion de un nuevo ministerio, que formarían el duque de Montemart y del mariscal Gérard.

¡Cosa estraña! ¡repeticion casi comun del destino! diez y ocho años mas tarde, en iguales circunstancias se llevaban tambien dos nombres al rey Luis Felipe, los nombres de MM. Thiers y Odilon Barrot.

Este otro ministerio, como el ministerio Montemart y Gérard, no debia tener á su turno sino algunas horas de existencia.

Durante este tiempo, el pueblo conducido por dos discipulos de la Escuela Politécnica, tomaba el Louvre y las Tullerías.

Ademas, contaremos con todos sus detalles pintorescos pasados á nuestra vista, este otro 10 de Agosto, menos sangriento, pero mas decisivo que el primero, y que debia ser diez y ocho años mas tarde, seguido de una tercera jornada semejante y mas decisiva todavia.

Entre nosotros, tomadas las Tullerías, la magestad parece muerta; tomadas las Tullerías todo se cree concluido; se abrazan, bailan, cantan, un discipulo de la escuela politécnica se tiende en el trono y se acuesta en el lecho del rey.

Las tropas reales se retiraron por el jardín de las Tullerías y por la calle de Rivoli. El último cañonazo fué tirado de una de las calles laterales que costean la gran calle, la mas próxima al terrazo de los Feuillants: la bala mordió una de las columnas acanaladas que adornan la fachada del Palacio de las Tullerías y se llevó el pedazo.

A este cañonazo espirante, al ruido de los soldados huyendo ó tomando sus armas, á los gritos de los vencedores persiguiéndolos, una ventana del hotel de M. de Talleyrand, se abrió, en la esquina de la calle de Rivoli y de la de San Florentino; era el intendente del príncipe que curioso de ver lo que pasaba, cometia esta imprudencia.

Entonces una voz grave y temerosa, comenzó á gritarle.

—Señor Kaiser, decia esta voz, señor Kaiser, ¿estais loco? ¿vais á hacer saquear el hotel! ¿vais á hacernos degollar?

—¡Oh! no temais nada, monseñor, respondió la voz, las tropas huyen y el pueblo no se ocupa sino en perseguirlas.

—¿Es cierto?

—Ved vos mismo, monseñor.

El príncipe sacó temerosamente la cabeza detras de la celosía, arrojó una mirada á la calle, se aseguró del estado de las cosas, y despues volteándose hácia el reloj:

—Señor Kaiser, dijo, escribid que el 29 de Julio de 1830, á la una, la rama mayor de los Borbones ha cesado de reinar en Francia.

Diez y ocho años mas tarde, la mano de un hombre del pueblo paraba el péndulo de las Tullerías á la una y veinte minutos.

Esta vez era la rama menor la que á su turno habia cesado de reinar.

Los últimos tiros de fusil de esta jornada memorable fueron contra hombres que se fusilaban como ladrones.

Cuando estos últimos tiros se extinguieron, M. Laffitte, que habia pasado todo el día en conferenciar en su hotel,

rodeado de diputados temblorosos, se aproximó cojeando á M. Oudard: M. Laffitte se habia lastimado un pié.

—Señor, le dijo, ayer os he suplicado fueseis á Neuilly y previniereis al duque de Orleans del estado de los negocios. A esta advertencia, se ha contentado con responder: “Os doy las gracias.” ¿Quereis volver cerca de él y decirle que le suplico escoja entra una corona y un pasaporte? si salgo bien, no le cobraré mi comision; si encallo, me negará.

M. Oudard partió, guardándose bien de responder á M. Laffitte, lo que habia respondido dos dias antes.

En cuarenta y ocho horas, las cosas habian cambiado de aspecto.

Al dia siguiente, 30 de Julio, á las once de la noche, á pié, vestido de paisano y acompañado solamente de tres personas, el duque de Orleans entró en Paris, y despues de haber respondido al *quien vive* de los centinelas con la consigna: *libertad, igualdad, fraternidad*, entró en el Palacio Real por la puerta de una de las secretarías, es decir, por el número 216 de la calle de San Honorato.

Echemos una mirada sobre lo que habia pasado en Neuilly y en Saint-Cloud durante la noche del 29 y la jornada del 30.